

---

---

#### XIV

Menudeaban tanto por aquel tiempo los presbíteros que, fugados de sus curatos, aparecían luego como cabecillas en el campo ó eran sorprendidos en las ciudades sirviendo de auxiliares y emisarios cerca de las juntas del partido faccioso, que nada tenía de absurdo la sospecha de Millán; justificábala, además, el empeño de Tirso en callar el objeto de su viaje. ¿No podían haber convertido el fanatismo de aquel hombre en instrumento suyo las mismas gentes que le hicieron clérigo á espaldas de sus padres? La probabilidad de que en el momento menos pensado se presentara la policía en la casa buscando á su hermano, asustó á Pepe, temeroso de la impresión que tal lance pudiera causar en el ánimo

del pobre viejo. Respecto á que Tirso diese margen á disgustos de otra índole, por proponerse la *conversión* de la familia ó emprender campaña para despertar su fervor religioso, nada receló; antes era de temer, según el carácter que el cura demostraba, algún rasgo de intolerancia, exceso de celo ó frase aspera que turbara la tranquilidad del hogar, porque la falsa circunspección que Tirso observaba oyendo comentar noticias de la guerra se parecía mucho al disimulo.

Desde el día de la disputa en que llamó ladrón á Mendizábal, hacía la vista gorda tocante al indiferentismo religioso que le rodeaba, pero cláramente se notaba que en él no era todo prudencia, sino falta de arrojo. Pepe, deseoso de no dar pábulo á la irritabilidad de su hermano, se abstenía de chistes impíos y frases burlescas, aunque á veces se le venían á los labios, oyéndole desplegar ingenuamente la más arraigada superstición; de suerte que ambos comenzaron á fingir cierto comencimiento, á pesar del cual Pepe comprendía que la situación no era para prolongada y que la menor cosa que proporcionase á Tirso ocasión de mostrar su enojo bastaría á desencadenar una tormenta. Por su parte, el cura iba con-

venciéndose de que había venido á ser entre sus padres y hermanos como árbol transplantado de pronto á distinta tierra de la en que nació.

Difícil era que él arraigase allí ni pudiera vivir en paz con los suyos. Si fueran tibios en la devoción ó sólo tardos en cumplir las prácticas religiosas, aún habría remedio; pero no se trataba de gente en cuyo pecho se hubiera amortigado la fé, sino de individuos que á juzgar por lo que Tirso veía, no la sintieron nunca. El padre carecía de creencias, tal vez á consecuencia de su simpatía hacia aquel partido progresista que siempre mintió respecto á la religión, sin ocultar mala voluntad al clero; Leocadia y doña Manuela eran mujeres mal dirigidas, ó mejor dicho, descuidadas. En cuanto á Pepe, su incredulidad, su alejamiento de todo lo divino y sagrado resultaban más graves, por ser fruto, no del olvido de las santas verdades, sino de un profundo desprecio de ellas; le empujaban al descreimiento las corrientes de la época, los estudios modernos, la atmósfera cortesana y una indudable predisposición personal. En esto no se equivocó Tirso: los padres y la hermana se ofrecieron á su observación como realmente eran: indi-

ferentes; Pepe, como un impenitente convencido con quien la lucha había de ser más trabajosa, porque la lucha era inevitable. No vino él al hogar con ánimo de provocarla, mas tampoco le parecía razonable ni conforme á su ministerio mirar en calma aquel estado de honda perturbación que le hizo prorrumpir en un momento de ira: "parecéis judíos." Su entusiasmo religioso era sincero: la conciencia le dijo que, si los azares de la vida le hubiesen colocado junto á gentes extrañas, empecatadas como sus padres y hermanos, habría pues to tenaz empeño en convertirlas, y que mal podía contemplar friamente la perdición de su propia viña. Cuando resolvió su viaje á la corte, no imaginaba tener que consagrarse á esta obra: otros eran sus propósitos y él solo los sabía; mas ya que la Providencia le mostraba la mala yerba de su camino, debía arrancarla, aunque fuera al paso y sin distraerse de su objeto principal. ¡Deber juntamente grato y penoso el salvar á sus padres y hermanos de la condenación eterna! Algo análogo leyó en sus libros devotos, pero no tan en grande. Tirso, santo convirtió á su cónyuge, otro á su padre, alguno á su hermano: él tenía que habérselas con toda su familia, en lo cual antes jamás

pensó, de la que vivió apartado voluntariamente, pero que de pronto se le antojaba rebaño disperso al borde de un abismo, y al cual había de guiar hasta recogerlo en el redil bendito de la Iglesia. Trájole á la corte el servir a empresa más alta, por tratarse de la patria entera y no de unos cuantos individuos; mas ya que Dios ponía la llaga al alcance de sus manos y la herida estaba como en su mismo cuerpo, justo era que la sanara.

Comenzó en esto á agravarse la enfermedad del padre, fueron precisos mayores gastos, vinieron para la familia días tristes y afligióse sobremanera doña Manuela; por todo lo cual determinó Tirso empezar á cumplir su propósito, imaginando que en medio de la tribulación es cuando más fácilmente se avasallan los corazones. Su madre y su hermana fueron las primeras á quienes pensó atraerse. No alcanzó á más su sagacidad, y aun esto le repugnó sobremanera, pues toda tardanza se le antojaba complacida en el mal y todo fingimiento le parecía indigno del noble fin á que enderezó la voluntad. Era fogoso, arriscado; mas adivinando en su hermano un terrible adversario, comprendió que las circunstancias ponían trabas á su celo. Hubiera preferido

combatir cara á cara los obstáculos, congregar repetidamente la familia y convencerla de su error; pero no se aventuró á tanto y, mal de su grado, como no pudo ser violento, se hizo astuto: soñó con desempeñar papel de apóstol batallador, y hubo de limitarse á obrar como jesuita de novela, pero de buena fé, con limpia intención, seguro de poner el ánimo en una empresa honrada.

Resuelto á extirpar la impiedad que se había enseñoreado de su casa, no quiso demorarle, y una mañana, como observase que Doña Manuela estaba desdoblado el mantón para ir á comprar unos medicamentos, se anticipó á ella y la esperó en una esquina próxima: luego la fué siguiendo por la calle Imperial abajo, y cuando iba á entrar en una botica de la de Toledo, le llamó de cerca:

— ¡Madre, madre!

— ¡Hijo, ¿cómo tú por aquí?

— Quiero hablar con usted. ¿Tiene usted que esperar en la botica?

— Un ratito.

— Pues vamos primero por las drogas luego aguardaremos juntos, y le dire á usted lo que deseo.

Tirso hablaba con acento severo; su ma-

dre le oía con una curiosidad mezclada de temor.

—Pero hombre, ¿qué es ello? ¿Pasa algo en casa?

—Nó: ¡si he salido yo casi al mismo tiempo que Vd.! Nada ocurre; pero quiero que hablen.

Entró doña Manuela en la botica, esperó la él á la puerta, y apenas la vió salir, continuó de este modo, mientras ella la seguía dócilmente:

—Vámonos ahí al lado, al pórtico de San Isidro.—Y subieron las escaleras de la iglesia.

—Mire Vd., madre, yo no quiero callarme: estoy disgustadísimo. Desde que llegué á Madrid tengo el alma llena de tristeza....

—Lo comprendo, dijo: nuestra situación no es para menos. ¡Si vieras la cruz que hemos pasado!... ¡Y lo que queda!...

—No es nada de eso.

—Pues no te entiendo.

—Ahora me comprenderá Vd. Mi obligación era decir á mi padre lo que voy á decirle á Vd., pero creo que con Vd. me entenderé mejor: además, su carácter y su estado.... Más adelante veré lo que he de hacer.

—¿Carácter, dices? ¡Si el pobre no molesta á nadie ni se enfada nunca!...

—Quizá por esa bondad tengamos mucho que llorar.

—¡Explícate, por Dios, hijo mío!

—Sí, madre; mucho que llorar y que sentir. Vaya, clarito; en casa no hay religión, y donde falta la religión todo está perdido. Así les castiga á ustedes Dios.

—¿Castigarnos Dios?

—¡Le parecen á Vd. pocas penas esa enfermedad, esa escasez, esos sufrimientos!...

—¿Y qué hemos de hacer? Todos trabajamos. ¿No has visto la vida que llevan tus hermanas y lo que yo me afano?

—¿Pregunta Vd. lo que pueden hacer! Parece mentira! Es imposible que Dios ayude ustedes.

En vano pretendía dar dulzura á sus frases: la extraordinaria viveza de los ojos acusaba una resolución enérgica.

—Nó, madre: no esperen ustedes alivio ni amparo. En casa no hay religión.... Da grima pensarlo. Desde hace cerca de un mes que estoy en Madrid, ¡cuantas cosas tristes he visto! ¡Ni una oración, ni un acto de recogimiento, penitencia; pero, ¿y Vd.? ¡y Leocadia!

¿y Pepe? ¡Vivis como herejes! Lo confieso, madre; he dudado mucho antes de dar este paso, pero mi deber es antes que todo. ¿No siente usted miedo... vergüenza por vivir así?

--Y ¿qué quieres que haga? Yo no mando... yo cuido de la casa... y nada más; la limpieza... trabajar y más trabajar... ¿qué sé yo!

--¡Limpieza y trabajo! ¡Con eso piensa usted que ha cumplido! Cuando el Señor la lleve de este mundo, que la llevará... desgraciadamente, ¿se salvará Vd. con haber tenido aseada la casa? ¡La casa limpia y el alma negra por el pecado! ¡Toda la pulcritud para uno mismo, todo el trabajo para lo propio, y ni una visita á la casa de Dios, ni un pensamiento para su divina Madre! ¡Da ira el verlo!

Doña Manuela oía en silencio, sobrecogida con aquel inesperado disgusto, que aun para su escasa inteligencia era señal de otros mayores. La vehemencia de Tirso llegó á exacerbarse tanto, que la pobre vieja no pudo menos de decirle, casi con enojo:

--¡Hijo, no manotees, que nos ve la gente! El estaba ya poseído de su papel, y no hacía caso.

--¡Aquí no hay hijo! No hay sino un sa-

cerdote que ha visto esa lepra asquerosa del ateísmo y quiere curarla. ¿Lo oye Vd., madre? Si Vd. no me ayuda, lo haré yo solo... lo intentaré yo solo; y si no puedo lograrlo, se lo diré á todos ustedes, cara á cara, sacudiré en la puerta el polvo de mis zapatos, como los patriacas de Israel cuando salían de la casa de los impíos, y no volverán ustedes á verme nunca.

--Y del escándalo y del disgusto se morirá tu padre.

-- ¿Qué más muerte que la que tenemos encima? El corazón cerrado á la piedad... ¡Si basta entrar allí para convencerse!... Estampas de reos liberales en las paredes, periódicos perversos de los que venden por las calles, comedias ó noveluchas que lleva ese Millán de la imprenta y que permitís leer á Leocadia, libros malos... y en toda la casa no hay una imagen de la Virgen ni una cruz de palo.

-- Yo no mando...

-- Pues es necesario que mande Vd. A falta de padre, y estamos como si faltara, Vd. es quien debe gobernar: yo la ayudaré... y elija Vd., madre: poner remedio al mal, ó de-

jar que lo remedie yo solo, contra mi padre' contra Pepe, contra todos.

—¡Nó, hijo de mi alma, por Dios, eso nó, á Pepe no le hables de estas cosas!

—¡Ah! ¿Tiene Vd. miedo? Pues yo no.

Hablaban en voz baja, solos en un rincón del átrio de la iglesia, mientras les miraba curiosamente una mujer que en la escalinata vendía estampas, caras de Dios con marco de estaño, chufas, majuelas y *torraos*. Tirso intimábase á su madre accionando con ademanes descompuestos: ella, ya ansiosa de cortar el diágoio, miraba alternativamente hacia el suelo y la acera opuesta, donde estaba la botica. Las acusaciones de impiedad no la hicieron en un principio gran efecto; pero cuando Tirso las presentó como causa de los males sufridos y promesa de castigos eternos, su debilidad mujeril cedió al empuje del creyente. Lo que peor la sentó, fué la amenaza de que hablaría con Pepe.

Guardaron silencio unos instantes: él, dudoso del éxito de su empresa; ella, turbada, deseosa de sustraerse al influjo violento de aquel hijo que, para sojuzgarla mejor, acababa de decirle: "no soy sino sacerdote."

—¿Vamos á la botica?—se atrevió por fin á preguntar la madre.

—Espere Vd., no quiero que nos separemos así. Tiene Vd. que prometerme antes su auxilio. ¿Trabajaré vd. conmigo para que seamos todos cristianos, ó me entiendo yo con Pepe y con mi padre? ¡Imagina Vd. vivir santamente no haciendo daño al prójimo? ¡Qué ceguedad! ¿Y Vd. misma? ¿Y su salvación? Rece Vd., madre, esto es lo primero, y Dios la iluminará y borrará de su alma esa apatía; venga Vd. á misa, y á poco que despierten los buenos sentimientos cesará Vd. de reir las bufonadas sacrílegas de mi hermano, y arderá Vd. en deseo de auxiliarme. ¿Lo promete Vd.?

—Sí, hijo—contestó azorada—pero á Pepe no le cuentes nada de esto.

—¡Ya comprendía yo que él es quien tiene la culpa de lo que ocurre! Quedamos en que Vd. es mía, es decir, de Dios; si no, me marcharé para siempre, después de declarar francamente ante todos que no quiero vivir entre judíos.

Bajaron lentamente las escaleras del átrio, esperó Tirso á la puerta de la botica y,

al ver salir á su madre con un frasquito en la mano, dijo:

—¡Tanto esmero, tanta solicitud para buscar remedio á los males del cuerpo, que no importan nada, y ni un pensamiento para la salud del alma! Acuértese Vd. de lo que acabamos de hablar.

En seguida se separó de ella, dejándola confusa y asustada, como mujer á quien acababan de sorprender cometiendo un delito. El pecado, la condenación, la impiedad, habían sonado en sus oídos á modo de palabras vacías de sentido; las amonestaciones de un Bossuet no hubiesen ejercido en ella más imperio. Lo que la dejó amilanada fué la amenaza de hablar á su marido y á Pepe, segura de que la menor reconvención de Tirso provocaría una escena ágría, quizá un rompimiento y un disgusto gravísimo. ¿Qué podía hacer ella para evitarlo? Nada. Sentía impulsos de contarle todo al llegar á casa; pero, ¿y luego? Don José tal vez cediese en algo, por agradar al hijo de cuya presencia vivió privado tantos años; mas, ¿qué haría Pepe viendo que sus mimos, sus cuidados, sus trabajos por evitar toda desazón á su padre quedaban esterilizados con la ingerencia de Tirso en la

vida de la casa? No era Doña Manuela capaz de analizar el conflicto, ni su voluntad fuerte para arrostrarlo. La poca energía de su alma la aplicó toda á entrar en casa con los ojos secos.

Llegado el domingo, Tirso salió muy de mañana; Leocadia, después de disponer los desayunos, ayudó á levantár á su padre y, cuando tuvo que sentarle en la butaca, llamó á Pepe, que se estaba vistiendo para ir á ver á Paz.

—¡Pepe, Pepe!—gritaba desde la alcoba de D. José—ven, que sola no puedo poner á papá en el sillón.

Acudió él en mangas de camisa, besó á su padre, que esperaba apoyado en el borde de la cama y, levantándole vigorosamente, le acomodó en la butaca: entre él y Leocadia le empujaron luego hasta el comedor, y le sirvieron el chocolate con buñuelos, que todos los domingos tempranito llevaba Pateta de casa de su protector.

Cuando Pepe fué á concluir de vestirse, preguntó á su hermana:

—¿Y mamá?

—En misa.

—¿En misa?—repitió Pepe, sorprendido, pero sin mostrár enfado.

—Sí, como está aquí Tirso, ¿comprendes será por no disgustarle.

—Eso debe de ser.

No añadió una palabra, más no le pasó inadvertida la novedad. La madre había ido á misa. ¿Sería realmente sólo por deferencia á su hijo, ó habría habido por parte de éste alguna instigación? Ambas cosas eran creíbles. “Si lo primero,—pensaba Pepe—nada hay en ello de particular: si lo segundo, malo será que mi hermano empiece así, poquito á poco, y acabe pretendiendo que nos hundamos la tabla del pecho á puñetazos. Sea lo que fuere, no estoy desprevenido: ello dirá.



## XV

Doña Manuela era incapaz de aquilatar la importancia que tenía aquella brusca ingerencia de su hijo mayor en la vida de la casa, pero se acobardó ante la idea de que entre ambos hermanos pudieran surgir desavenencias graves que desazonaran al padre. En cuanto á poner remedio, sólo se le ocurrió impedir toda explicación entre Tirso y Pepe. Para esto era forzoso prestar asentimiento á los deseos de aquél, ir á misa, someterse á prácticas devotas y ceder á su voluntad, como antes había cedido y se había plegado á la carencia de espíritu religioso que siempre demostraron el marido y el hijo menor. Doblegóse, pues, deseosa de evitar contrariedades y su primer acto de sumisión fué ir á misa,